

MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

III.

Allí la homicida turba  
Como una sierpe gigante  
Sobre sí misma furiosa  
Se arremolina, y combate  
Por contemplar del profeta  
El suplicio miserable.  
¿Y dó está Miriam entonces?  
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente  
En medio á dos criminales;  
Mira tres cruces tendidas  
Sobre la tierra culpable,  
Y hombres de rostros crüeles  
Que abren los hoyos fatales;  
—¿Mas dónde está el hijo suyo?  
—¡Pobre Madre!

Al fin pareció; mas cielo!  
¡Qué vista tan lamentable!  
—Sin un harapo siquiera  
Sobre sus desnudas carnes,  
De cuyas hondas heridas  
Brotó á torrentes la sangre!  
¡El tan honesto y tan puro!  
—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos  
Con ciega furia arrastrándole  
De la cumbre maldecida  
Al sitio mas culminante,  
Espusieronle á la mofa  
De aquella turba salvaje.  
¡Qué horrendo cuadro á la vista  
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida  
Sobre la cruz infamante,  
Lecho de honor que los hombres  
De su amor en premio dánle:  
¡O ingrátitud! ¡ó demencia!  
¡O ceguedad lamentable!  
¿Dónde está entonces MARIA?  
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna  
 Magdalena y Juan amantes  
 La arrastran:—sordo murmullo  
 Tal cual la voz de los mares,  
 O de borrascas remotas  
 Al rebramar semejante,  
 Llega tremendo al oido  
 De la Madre!

De vez en cuando confusos  
 Elevábanse en los aires  
 Rechiflas y maldiciones,  
 Risotadas espantables  
 Y denuestos furibundos  
 De aquel pueblo de chacaes...  
 ¡Y la infelice los oye!  
 —¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo  
 Reina por breves instantes:  
 ¿Acaso le compadecen?  
 ¿O alguna nueva barbarie  
 De la feroz muchedumbre  
 Calma el furor anhelante?  
 —¡Piedad del tigre no esperes,  
 Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,  
 Como de golpe que cae  
 A un tiempo sobre maderas  
 Y despedazadas carnes,  
 Oyese un sordo ruido  
 Allá en la cumbre distante,  
 Y otro despues, y otro luego:  
 —¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida  
 Cual la azucena del valle,  
 Tiembla Miriam convulsiva,  
 Como si agudos clavasen  
 En su pecho los sayones  
 Sus damasquinos puñales.  
 ¡Y vive empero y escucha!  
 —¡Pobre Madre!

Jamás confesor alguno,  
 Jamás valeroso mártir,  
 En fiero potro estendidos  
 Sufrieron tormentos tales!  
 Y empero de sus dolores  
 Aun va el suplicio á aumentarse!  
 ¡Flaca muger, infelice!  
 —¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce  
De maderas y cordages  
Se percibe, y lentamente  
Se alza la cruz en los aires;  
Y en ella al Hijo del hombre  
Cual vencedor estandarte  
Contempla atónito el mundo!  
—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente  
El desgarrado semblante,  
Promete á aquellas regiones  
Que por tan largas edades  
Aguardan la luz, fecundos  
Sus generosos raudales.  
¿Y dó está entonces MARIA?  
—¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo  
Alzó con voz formidable  
Un prolongado rugido  
De feroce triunfo.—“Salve”  
Le gritan, “rey poderoso!”  
“Si eres hijo de Dios, baje  
“Tu poder desde esa altura  
“Dó ora yace!”

Y á su izquierda un foragido  
De otra negra cruz colgante,  
De su penosa agonía  
En los postrimeros vales,  
Aun le maldice sañudo;  
Y él con palabras amantes  
Así esclama: “¡Padre mio,  
Perdonadles!”

Mas el momentáneo asilo  
Deja Miriam, y sin ayes  
Ni lágrimas, ni sollozos,  
Pocos á dolor tan grave;  
Hacia el lugar del suplicio  
Va con planta vacilante,  
Como el mármol blanca y fria...  
—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio  
A pocos pasos distantes,  
Los furibundos sayones  
Tigres sedientos de sangre  
La vestidura inconsútil  
Por suerte entre sí reparten.  
Y ella contempla el despojo...  
—¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvia  
 Del horror insoportable,  
 Hacia el cielo, y la mirada  
 Del Dios moribundo, cae  
 Desgarrando una por una  
 Sus entrañas maternas.  
 ¡Por fin llegada es la hora!  
 —¡Pobre Madre!

En los anales del mundo  
 El hora mas memorable.  
 Vencida en ella es la muerte,  
 Vencidos los infernales  
 Espíritus, y aun la suma  
 Justicia, aquel satisface  
 Sumo holocausto, inaudito,  
 De tal sangre!

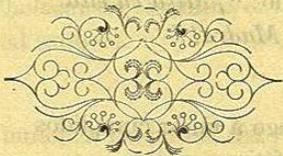
En tanto, en medio del dia  
 Sanguinolentos celages  
 Velan el sol: sobre el mundo  
 Caen las tinieblas palpables:  
 Las águilas roncós gritos  
 Lanzan de horror en los aires  
 Y ahullan sobre la tierra.  
 Los chacaes.

Y del calvario maldito  
 El lóbrego paisaje,  
 De negro mármol parece  
 Un catafalco gigante.  
 Reina el silencio del miedo  
 En las turbas criminales,  
 Y de horror tiemblan unidos  
 Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo  
 Los que á su amor son leales:  
 Y vuelto á Juan y MARIA  
 Con voz de amor inefable:  
 “*Vé en él al hijo que pierdes*  
 Dice á Miriam, y al amante  
 Discípulo: “*¡Mira en ella*  
*A tu Madre!*”

Y luego á mirar cumplidos  
 Los proféticos anales  
 De las Santas Escrituras,  
 “*Sed tengo*” exclamó:—en vinagre  
 Bañada una grande esponja,  
 Dieron el crudo brevage  
 Al que es manantial de vida  
 Los infames!

Y gustado ya el veneno,  
 Con amoroso semblante  
 Clamó: "*¡ Todo está cumplido!*"  
 Y lanzando un grito grande,  
 Inclinó la sacra frente  
 Y espiró.—Trémulos ayes  
 Pueblan el aire confusos...  
 —¡ Pobre Madre!



## IV.

En el supremo, vencedor momento,  
 Cuando en sus negros templos escucharon  
 Del sumo Dios el postrimer acento,  
 Los ídolos inmundos vacilaron:  
 Del astro de Moises ya macilento  
 Los fugaces fulgores se apagaron,  
 Y el sol del Evangelio generoso  
 Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,  
 Ejemplo á endurecidos pecadores,  
 De enviar al bajo mundo altas señales  
 De sus justos terribles furores:  
 Y apenas las tinieblas sepulcrales  
 Que envolvían al mundo en sus horrores  
 Comienzan á aclarar, su voz severa  
 Estremeció la creacion entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,  
 Digna luz á tan hórridas maldades,  
 Sucedió un terremoto turbulento  
 Que en Asia derribó veinte ciudades: (7)  
 Con insólita furia silba el viento,  
 Braman con ronca voz las tempestades,  
 Y el velo del santuario enaltecido  
 Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas  
 Que las marmóreas tumbas revestian,  
 Se lanzan de sus cárceles abiertas  
 Los que en el sueño del Señor dormian:  
 Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,  
 Espanto á los vivientes infundian  
 Los cadáveres vivos aun fajados,  
 Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto  
 Que resuenan allá en la negra cumbre,  
 Se oye la voz de arrepentido llanto  
 Por sobre la revuelta muchedumbre;  
 Mientra oculta en los pliegues de su manto,  
 Imágen del dolor y mansedumbre,  
 Insensible al tumulto y gritería  
 Inmóvil y de pié se alza MARIA.

Y la mudable plebe contemplando  
 En redor los insólitos portentos  
 “ ¡ Este era hijo de Dios! ” iba clamando  
 Como á su hogar volvía á pasos lentos;  
 Y las mugeres de Sion, llorando  
 Entre tristes sollozos y lamentos:  
 “ ¡ Misera Madre! ” en su afliccion decian,  
 Y los ecos sus voces repetian.

